

término, un fin, un objeto moral? Te suplico me respondas claramente sobre este punto.....

„¿Tu muerte no hace mal á nadie?....Hablas de los deberes del magistrado y del padre de familia, y porque no te han sido impuestos te crees dispensado de todo. ¿Y nada debes á la sociedad, á quien debes tu conservacion, tus talentos, tus conocimientos; á la patria á quien perteneces; á los desgraciados que necesitan de tí? ¿Qué exacta enumeracion haces! Entre los deberes que cuentas no olvidas los de el hombre y del ciudadano....¿Y qué dices de la prohibicion expresa de las leyes? Las leyes, las leyes, ó j6ven, ¿son despreciables para el sábio? Sócrates inocente, no quiso salir de la prision por respeto á ellas: tu no vasilas en violarlas para salir injustamente de la vida, y preguntas: ¿qué mal hago?...¿Bien quedas atreviéndote á hablar de morir, cuando debes á tus semejantes el uso de tu vida! Sabe que una muerte tal como tu la meditas es vergonzosa y furtiva. Es un robo hecho al género humano. Antes que dejarla vuélvele lo que ha hecho por tí. Mas no dependo de nada; soy inútil en el mundo. ¿Filósofo de un día! ¿Ignoras que no podrias dar un paso en la tierra sin hallar algun deber que cumplir, y que todo hombre es útil á la humanidad con solo existir?...¿Insensato! Lastima tengo de tus errores. Si te queda en el fondo del corazon el menor sentimiento de virtud, ven, te enseñaré á amar la vida. Siempre que te halles tentado de salir de ella, di á tí mismo: *haré todavía una buena obra antes de morir*....Si esta consideracion te detiene hoy, te detendrá tambien mañana, pasado mañana, toda la vida.”

He aquí lo que la razon sola podia decir. ¿Pero es menester tanto razonamiento para quien cree la religion cristiana? ¿Puede uno estar mui convencido de sus amenazas y de sus promesas, y querer, para librarse de una vida mezclada de placeres y de penas, abrirse en un instante y de un golpe una eternidad de los mas espantosos suplicios? Confesémoslo para vergüenza de la incredulidad, la decadencia de la religion cristiana entre nosotros, es lo que hace hoy tan comun el suicidio.

CARTA CUADRAGESIMA OCTAVA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

Emilia está todavía en el mismo estado. Lausane ha muerto. Su familia, instruida de lo que has-ta ent6nces se le habia ocultado, toma sus medi-

das para perderme, sin comprometerse [a]. Estoy oculto en la casa de las Señoritas de Veymur, que estan aquí bajo nombres fingidos. Mr. de Veymur no me desampara un solo momento, y su presencia así como vuestra última carta, me sostiene contra mí. Su muger está incesantemente á la cabecera de la cama de su querida Emilia, á quien su vista parece que infunde un débil alivio. En los momentos en que está espesa querida tiene el espíritu mas despejado, la piedad forma toda su fuerza. ¿Qué piedad, gran Dios! ¿Qué cuadros he visto! y en sus contrastes ¿qué argumentos á favor de la religion! Dentro de dos dias os instruiré de todo. Pero el estado de Emilia, lo confieso, me inquieta y me agita demasiado para dejarme fuerza con que decirlo bastante. ¿Qué no haya yo seguido vuestros sábios consejos!, ¡ó Dios! ¡qué no los hubiera seguido!

CARTA CUADRAGESIMA NOVENA.

EL MISMO AL MISMO.

Ayer estaba Emilia en las últimas. Hacia mucho tiempo que conocia su estado, no obstante la compasion bárbara, decia ella á sus criadas, que nos estaba induciendo á ocultárselo. Desde los primeros dias de su enfermedad, deseaba recibir los últimos sacramentos; los ha recibido por fin, y han producido en ella un efecto enteramente contrario al que yo aguardaba. Le han infundido mas calma; y en cierto modo la han tornado á la vida, y todavía luce para mí un rayo de esperanza. Su hijo, á quien ha pedido con las mas vivas instancias, está á su vista; y pluguiese al cielo que no

[a] Según las leyes, de dos hombres que se batieren en duelo, no se puede formar el proceso de uno, sin herir la memoria del otro, sin desenterrar tambien su cadáver, si está sepultado, y sin condenarlo á ser arrastrado sobre el zárzo.

hubiera de temerse mas por su madre que por él! Hoy que mi situacion es mas tranquila, me aprovecho de ella para referiros mas extensamente mis extravios y mis desgracias.

Vos habeis presentido el exceso que á mi caracter impetuoso, mis pasiones vivas y ardientes podian arrastrarme; he acreditado demasiado todos vuestros temores.

Amigos indiscretos me referian sin cesar propósitos ó manejos de Lausane, que inflamaban mi celo, y realizaban á mis ojos las quimeras que yo me habia formado. Los emisarios que yo habia puesto en todas partes para observar sus pasos, emponzñaban tambien sus discursos ligeros, aumentaban cada dia mis sospechas. Se hacia una diversion de mi credulidad; y queriendo hacerla servir á proyectos horribles que él mismo me ha descubierto, creyendo ademas que por el crédito y autoridad de que gozaba nunca me atreveria yo á comprometer un lance sério por una pretendida galantería, puso por fin el colmo á sus traiciones con la invencion mas abominable. Manifestó á mis confidentes un retrato de Emilia, acompañado de una carta que parecia escrita de su mano, y en la cual, despues de un preambulo mui natural sobre los cuidados que siempre habia tenido en ocultar á mis ojos su apego hácia él, de nuevo le recomendaba que se condujera delante de mi con mayor circunspeccion, y le remitiera una prenda de su ternura tal como él la deseára.

De todos mis amigos, el Baron empleó aquel de quien yo ménos desconfiaba, para cogerme con mas seguridad en la red que me tendia. Con su relacion no tuve dificultad en creer á Emilia culpable. Sin embargo, me reprimia yo lo bastante para exigir de este amigo pérfido que me dejase ver por lo ménos la carta, que era el documento mas seguro de la infidelidad de Emilia. Me prometió emplear todos sus cuidados para quitársela á Lausane, y al dia siguiente me la remitió. Juzgad de mi furor cuando creí reconocer allí la letra de mi

esposa, que tan indignamente parecia faltarme y faltarse á sí misma. No escuchando ya en este instante mas que la pasion que me arrebatava, corrí á su aposento. „Desgraciada, le dije acometiendola, „deja caer la mascara de tu falsa virtud; lee, y „confundete.” Leyó, y volviéndome la carta: „Es „mi letra, dijo; se ha fingido de modo de engañar- „me á mí misma; pero no son, amado esposo, ni mi „estilo ni mis sentimientos.” La sangre fria con que pronunció estas palabras, en vez de iluminarme, no hizo mas que redoblar el horror de que me sentia penetrado, y animarme aun mas á la venganza. La dejé, atreviéndome á culparla de tener tal descaro, que ya no sabia sonrojarse; y corrí á buscar á Lausane. Seguidme, le dije, cobarde é infame seductor. —Ola, para cobarde é infame, eso es mucho, me respondió; y me siguió al instante. En la calle, y mientras que me hacia llevar con él á un lugar apartado, me dijo: „Expliquémonos, y no sea que „pequeñas intrigas de amor sin designio y sin con- „secuencia, separen para siempre á dos amigos que „tanto tiempo han vivido el uno para el otro; mu- „cho me costaria quitaros la vida; y os perdeis aten- „tando contra la mia.” Yo miré como una falta de valor lo que solo era fruto de una reflexion mas madura, ocasionada por mi arrebato, y ni me digné responder á esto, sino con el silencio mas profundo y el mas completo desprecio. Bajados de la carrosa en el parque de Vinsennes, é introduciendonos en lo mas espeso del bosque: no hay cuartel, exclamé, en el transporte que me agitaba: y acometiendo contra el Baron sin miramiento ninguno, recibí de él una herida ligera; mas despues del combate mas obstinado le tendí casi muerto á mis pies. „Implóro vuestro socorro, me dijo al caer; concedéd- „melo por compasion, por vos mismo, y todavia mas „por vuestra fiel y mui desgraciada esposa.” No pudo ya decirme mas. Corrí á hacer que se acercara la corrosa que nos habia traído, y nuestros criados de camara á quienes habiamos tenido la precaucion de conducir con nosotros. Me ayuda-

ron á levantar al Baron, quien prescribió al suyo un silencio que no ha guardado; y se volvió á conducir á su morada.

En cuanto á mí, penetrado vivamente de las pocas palabras que se le habian escapado, me apresuré á reunirme con Emilia. ¡Ah! temia volverla á ver, casi tanto como lo deseaba; y ¡en qué estado, gran Dios, la encontré á mi vuelta! Un parto súbito, pero violento, causado por el mui justo temor que habia producido en ella mi partida precipitada, la habia puesto á dos dedos de la muerte. Acababa de parir, pero le quedaban convulsiones horrosas y un trasporte que enagenaba enteramente su razon. Apesar de la cantidad de sangre que habia perdido, el ardor de la fiebre le daba una fuerza difícil de contener; y mientras que sus criadas estaban llorosas al pie de su cama, sus domésticos difícilmente la sujetaban en medio de los sacudimientos vivos y continuos que experimentaba en todos sus miembros. La tomé yo mismo en mis brazos, y á cada instante estaba dispuesta á escaparseme. Creíase que iba á espirar; se quería que me retirara: pero yo no escuchaba nada, y no sabia ni lo que se me decia, ni lo que hacia; toda mi atencion se limitaba á contener á Emilia, á quien estrechamente abrazaba, y con quien yo no pensaba más que en morir. Sin embargo, su agitacion se calmó poco á poco, algunos auxilios aplicados oportunamente le devolvieron tambien el uso de la razon; pero se encontró tan débil como fuerte y violenta se hallaba pocos momentos antes. Dirigió hácia mí languidas miradas, me tendió una mano desfallecida, y solo pudo proferir estas pocas palabras: „Querido esposo, siempre te amo.“ Un letargo profundo sucedió inmediatamente al estado de languidez y de abrumamiento: se recobró afuerza de cuidados; y yo, inmóvil y estúpido, tenia su mano apretada entre las mías, y no podia llorar. Despues de un tiempo bastante largo pasado en este estado, abrió de nuevo los ojos y los dirigió aun más tiernamente á mí: „No puedo, dijo, querido esposo, sostener la

situacion en que te veo.“ Volvió á caer en su desfallecimiento.

Se aprovechó este momento para quitarme de cerca de ella; se me llevó á la recámara inmediata donde estaba mi hijo: me senté cerca de él; y la emocion que me causó su vista, reviviendo mis espíritus casi extraviados, me hizo por fin derramar lágrimas. En el instante que me sentia más aliviado, y en que adquiria alguna fuerza en mis males, vinieron á decirme que Emilia estaba mejor, pero que necesitaba reposo y que un desconocido preguntaba por mí: era un hombre enviado por Lausane, para decirme que estaba mui grave y que deseaba hablarme; corrí allá. Su herida se habia calificado de mortal. „Acaso me quitais la vida, me dijo despues de haber hecho retirar á los que le rodeaban; pero lo he merecido; la Condesa es inocente, y la carta que he fingido, estaba destinada para hacerme culpable ante vos, aun más de lo que ya lo era. Yo estaba bastante convencido de que se la manifestarias; pero pensaba tambien, según el caracter que os conozco, y según sus señales tan seguras de la apariencia de su infidelidad, que ninguna explicacion de su parte pudiera impedir que se rompiese con ella. No creyendo por otra parte que con las miras de engrandecimiento y elevacion que me habeis comunicado, quisiereis habéros las conmigo, ni exponeros á perderlo todo por una muger infiel; en vuestro rompimiento fundaba yo mis más dulces esperanzas. El hábito que se ha hecho adquirir á la Condesa de pasearse diariamente para conservarse con salud, me habia hecho concebir el designio de aprovechar uno de sus paseos para robarla. Para este fin habia ganado á su cochero y á su volante y á La-Roche (tres de sus gentes que yo os habia proporcionado), y todo lo demás estaba dispuesto. Si al contrario, tomabais el partido de alejarla y de separaros, habia resuelto forzar su retiro, sino conseguia robarla en el camino. Este robo, decia yo, de cualquier modo que se haga, no será de

„mi cargo. Despues del escándalo del rompimiento, „se dió abiertamente que la Condesa se ha echado „en mis brazos; que ha venido á poner en mis ma- „nos el fruto de nuestros amores; que su marido „ha sido tomado por juguete; y sea lo que fuere, „lo que suceda con la Condesa, quedará satisfecha „mi pasion, ó al ménos mi vanidad.

¡Qué monstruo! exclamé yo al instante. ¡Qué! „ni aun respetabais el estado de Emilia! . . . ¡Y ahora „se muere. . . ! „Yo era un monstruo, me respon- „dió Lausane, convengo en ello; pero yo era deudor „á su justificacion, á vuestro reposo y al mio de esta „relacion tan penosa y tan humillante para mí. „Todo lo he hecho por seducir á la Condesa, y „confieso que el triunfo á que aspiraba interesaba „en mí tanto el orgullo como el amor. Por medio „de falsas delaciones hice alejar á vuestro padre, cu- „ya presencia y consejos me hubieran servido de „obstáculo; os hice incrédulo como yo, para que fue- „seis ménos querido á Emilia, ménos escrupuloso, „ménos delicado y ménos fiel; os he inspirado pa- „siones y preocupaciones mas favorables á mis mi- „ras; he querido emplear los mismos recursos para „con la Condesa, pero siempre la he hallado ar- „mada de su virtud contra toda especie de seduc- „cion. Os he causado todo el mal que he podido „sin aborreceros, y yo soy la primera víctima de „él. Hay un Dios justo, Valmont; mui tarde „lo conozco, y no me siento con fuerza para con- „fesarlo abiertamente. . . . ¡Hay un Dios!” Lausa- „ne se calló en estas palabras. Un sudor frio co- „rria por su frente: la agitacion mas violenta se „pintaba en sus ojos y en todas sus facciones. Vién- „dolo en este estado, la compasion succedió en el „fondo de mi corazon á todos los sentimientos de „furor y de odio. Llamaba yo para que le socorrieran; „y agachándome hácia él: „os perdono, le dije bas- „tante bájo para que no me oyeran; pero pues que „hay un Dios, pensad seriamente en reconciliaros con „él.” „Mañana os aguardo, me respondió, y por se- „gunda vez tened compasion de mí.” Le apreté la

mano con una mezcla inesplicable de humanidad, „de compasion, de desprecio y de horror.

Me apresuré á volverme con mi querida Emilia, „con el espíritu corroido de inquietudes, y con el „corazon mas que nunca lleno de estimacion, de res- „peto y de amor á ella. No se me permitió verla „mas que un momento. Su situacion era siempre la „misma: teníala presente en mi sueño, si acaso he „dormido en toda esta noche, la mas tempestuosa „de mi vida. Entré á la pieza de Emilia; la ví un „momento sin que me viese: abracé á mi hijo, y „corrí á casa de Lausane. Nadie sospechaba todavía „lo que habia pasado entre nosotros; y los razona- „mientos que el público formaba, siempre mal ins- „truido de esta especie de negocios, para nada se „dirigian á mí. Luego que yo me presenté nos deja- „ron solos como lo habian mandado.

„Venid, me dijo, venid á disfrutar el placer de „la venganza. . . Os ha vengado el cielo. Venid á „ver un desgraciado despedazado por sus remordi- „mientos, combatido por mil afectos contrarios, que „no sabe ni lo que debe creer ni lo que puede es- „perar; que donde quiera que se dirigen sus re- „flexiones, solo ve motivos de temor, nada en que „poder apoyarse. ¡Horrible situacion! ¡O Galileo, „has vencido!” Pero si ha vencido, le dije extreme- „ciéndome, blasfemais como Juliano [a]: si la religion „cristiana es verdadera, como empieso á creerlo, ella „nós ofrece un Dios salvador, medios de reconciliacion. „¡Qué! ¿esta religion que siempre he desconocido, „deshonrado, ultrajado! . . . Seria el socorro de los „impíos, de los criminales como yo! ¡Ah! algunos

[a] Teodoro, y otros escritores despues de él, re- „fieren, que cuando Juliano se vió herido de muerte, „recibió en su mano la sangre que corría de su herida; „y arrojándola al aire exclamó: *sáctate, Galileo; tu me „has vencido, pero yo te renunció todavía;* y despues de „haber blasfemado así contra Jesucristo, vomitó tambien „mil imprecaciones contra sus dioses de que se veía „abandonado.

„veces cuando blasfemaba de ella, mi corazon des-
 „mentia mis lábios. ¿Me habia de bastar hoy decir
 „me arrepiento, para que me fuese favorable? Mi-
 „nistra tus auxilios á otro que no sea yo: ofrécelos
 „á Emilia que no los necesita: en cuanto á mí, solo
 „me arrepiento de haber podido parecerme débil. ¿Y
 „qué papel quieres hacerme desempeñar? He de
 „pedir un sacerdote, confesarme!—¿Porqué no; si lo
 „habeis hecho delante de mi haciéndome confiden-
 „te de vuestros crímenes?—„Sí, pero esto es entre no-
 „sotros. Desde el momento que me sentí herido,
 „no he podido soportar todo el peso de mis remor-
 „dimientos. Desde este momento fatal las reflexio-
 „nes no han hecho mas que ensangrentar la herida
 „que está en el fondo de mi corazon, necesitaba yo
 „uno á quien descubrirme sin violencia, y no po-
 „dia hacerlo con mas utilidad que al esposo de Emilia.
 „Sin embargo, nadie sabe cual es el asunto de nues-
 „tra conversacion, y de lo contrario el público mui
 „pronto lo sabria todo....—Pero Señor, ¿qué im-
 „porta el público en momentos tan preciosos, y quan-
 „do quizas ya no ha de haber á vuestros ojos otro
 „juez de vuestras acciones que Dios mismo?—„¿Qué
 „importa!... ¿Pues qué, me has condenado á muerte?
 „¿Ya no hay esperanza para mí? Anda, por lo mé-
 „nos has que rueguen por un desgraciado, que no
 „tiene fuerza para orar por sí mismo. Has que di-
 „gan misas por mi curacion; los mas valientes de
 „nuestros corifeos han hecho otro tanto [1]....” Su
 „rostro inflamado bastante me anunciaba que era
 „tiempo de acabar, si no queria agriar su mal y
 „alimentar el trasporte que le agitaba. Casi no es-
 „taba en sí. Le dejé invitándolo á que reposara, y no
 „diese lugar mas que á reflexiones capaces de tran-
 „quilizarlo y consolarlo.

Por muchos dias atendia tanto á él como á la
 Condesa. El estado de Emilia requeria mayores
 cuidados, y parecia empeorarse de dia en dia. El
 del Baron era totalmente desesperado. La gan-
 grena habia caido á su herida; habia atacado las
 partes mas nobles, y no se temia anunciarle que

el mal era irremediable, y que solo le faltaban al-
 gunas horas de vida. ¡Gran Dios! ¿qué noticia para
 él! En qué situacion lo ví en estos últimos mo-
 mentos! ¿dónde hallaré colores bastante fuertes para
 pintar bien este horroroso cuadro! ¡Es necesario
 „pues morir! me dijo luego que me vió, y adonde
 „iré? ¡O nada, yo te imploro, sé mi Dios! ¡Ven
 „por compasion á devorar todo mi ser! ¡Ven, qué
 „solo en tí tengo socorro: te vuelvo lo que me has
 „dado.... ¡Ay de mí! te imploro en vano. Tú nada
 „podias darme: nada me puedes quitar. Dios cruel,
 „Dios implacable, si existe alguno; ó tú que has
 „jugado con mi ser, que has jugado con mi suerte,
 „¿qué vas á hacer de mí [a]...?” ¡O amigo mio!
 „le dije interrumpiéndolo, ¿qué haceis! Que fantas-
 „ma horrible os habeis formado para atormentaros.
 „Hay un Dios bueno, un Dios clemente, aun para
 „culpables como nosotros. ¡Ah! yo quiero ahora li-
 „songearme con elló; sí, Lausane, hay un Dios sal-
 „vador.—„Que haga pues milagros; que me haga creer;
 „que me haga esperar; que al momento cambie mi
 „espíritu y mi corazon, que me dé fuerza de con-
 „fesar que estoy engañado, que harto lo he queri-
 „do, pues que mi incredulidad mas era obra de mis
 „pasiones que de mi razon, que no era muchas ve-
 „ces mas que una máscara con que yo cubria mi
 „flaqueza, era un estado de duda mas bien que de
 „seguridad y de tranquilidad.”—Pidamos en comun,
 „amigo mio, esa fuerza de que necesitas. El tiempo
 „se estrecha; he traído con migo un ministro caritativo.
 „„Sí, exclamó al entrar uno de nuestros es-
 „píritus fuertes, amigo intimo de Lausane, y uno
 „de sus discípulos de impiedad, ¿será bonito ver á
 „mi maestro *extremauncionado* por todos los senti-
 „dos, muriendo en brazos de un clérigo! ¡Y qué!
 „Baron, ¿tienes miedo del infierno?” Es permitido,

[a] Un antiguo filósofo decia: *Dubius vixi, insertus
 maior; quó vadam neciò: pens entium, miserere mei!*
 He vivido en dudas; muero con incertidumbre; no sé
 donde iré. Ser de los seres, ten misericordia de mí!

le respondi, temblar por lo ménos; yo no aconsejo á nuestro amigo que sea fuerte á despecho de su conciencia y contra Dios mismo.—;Oh, su conciencia! es la de un enfermo; lo que me admira es, que estando tú con salud, te halles tan débil como él. Anda, Baron, dijo retirándose y haciendo piruetas, anda al otro mundo, resguardado de pasaportes que solo son buenos para los necios; y has decir á los que se apresuran á encomiar tu valor, que antes de morir ya no lo tenias.”

Ved aquí pues, dije á Lausane, que parecia horrorizado de aquellas frias burlas tan inoportunas, ved aquí todos los consuelos y todos los recursos que nos dejan en estos últimos instantes nuestros compañeros de incredulidad! Querido Baron, permite que te presente un amigo mas fiel y socoros mas reales en el ministro de la religion.—;No, gritó violentamente; que se abstenga de entrar, que salga de mi casa; ¡á lo que me arriesgas! Vedme ya, gracias á tus cuidados, la mofa y la risa de todos los sábios!—Oh! amigo mio, no es ahora tiempo de que te inquietes por eso. Deja esos falsos sábios echar fanfarronadas mientras que se creen lejos del peligro; mas por lo que á tí toca, piensa en el peligro á que te expones; decídetes al ménos por lo mas cierto.—;Ah! lo arriesgo todo, me respondió, con un aire y un metal de voz que jamás olvidaré, lo arriesgo todo: no importa [2]; es muy tarde; y la suerte está echada....;Dios! ;Dios! ;qué te vendras ya tan cruelmente, pones la desesperacion y el infierno en mi corazon! Te desafío á que me hagas sufrir mas.... Todo lo pierdo.... Todo se desvanece á mis ojos y se hunde bajo de mí....;Qué abismo!....;Oh rabia! ;Oh desesperacion! ;Ay desgraciado de mí!.... Véte, retirate, funesto autor de mi muerte.... Sepan, dijo levantando la voz, que tú eres mi asesino, mi verdugo; que tu conciencia te lo diga en cada instante por toda tu vida; que te haga tan desgraciado como á mí. Recibe este fatal adios y mis últimos votos; que tu Emilia, que el fruto de sus entrañas....” á estas últimas palabras,

la rabia lo sofocó. Yo pedia socorro, ya no existia. Yo habia cogido felizmente un papel que asomaba bajo su cabecera, y que me pareció á la primera ojeada un plan contra la religion, y á favor de la incredulidad, que os comunicaré despues [a]. Maquinalemente me puse de rodillas al pie de su cama, fijos los ojos en este desgraciado....;Qué horrendo espectáculo presentaba su cadaver! Los esfuerzos violentos que acababa de hacer dando los últimos suspiros, habian desfigurado sus facciones. Sus ojos fijos, hoscos, solo respiraban odio, venganza y furor; sus manos estaban torcidas sobre la cabeza; su aspecto era pálido y amenazante; sus labios estaban inchados y lívidos; su boca abierta parecia vomitar todavía impiedad y blasfemia.... Sus criados no pudieron verlo sin apartar la vista y sin estremecerse [3]..... Despues de algunos instantes de pasmus y de meditacion profunda, aterrorizada mi alma, carcomida mi conciencia, oprimido de remordimientos, me arranqué de aquel sitio siniestro y me fui precipitadamente para donde estaba Emilia. ;Qué contraste! Toda su casa estaba llorando, todo resonaba con la narracion de sus obras y el panegirico de sus virtudes; escuchabanse de todas partes gemidos y sollozos; y aunque á mi presencia se reprimian, en todos sus semblantes no leia mas que señales sensibles de la inquietud mas viva y del dolor mas amargo. Cuando llegué á donde se hallaba, estaba un poco ménos débil y gozaba de todo el despejo de su espíritu y de toda la calma de su razon.

Acércate, querido Valmont, me dijo luego que me vió; me siento bastante fuerte para participar de tus penas y ayudarte á soportarlas. Mi buen amigo,

[a] Este plan fué remitido al mismo tiempo que la carta 51, con reflexiones del Conde de Valmont sobre los objetos que contiene. Se ha puesto todo al fin de las cartas de esta primera parte, pero que es esencial conservar, haciendo ademas las adiciones y cambios de que se hablará.